

manifestaba enterado de lo que el gobierno había dispuesto sobre recursos, y aunque le avisaban que dentro de dos horas le entregarían \$30,000, á las nueve de la noche no había recibido más que \$16,000, y completaba los 30 hasta la mañana del diez, cuando el enemigo, repuesto de su pánico momentáneo, pernoctaba en Quecholac y avanzaba camino de Orizaba sin temer nada de los nuestros.<sup>1</sup>

¡Y cuando Zaragoza, no cuenta con gente, ni con trenes, ni con recursos, ni siquiera con rancho para sus sufridas tropas<sup>2</sup> le exige el Sr. Bulnes que salga á batir á campo raso á un enemigo valiente, instruído, rápido en sus movimientos, deseoso de vengar un descalabro que creía obra de la casualidad, y disciplinado y bien provisto como no lo estuvo jamás el mexicano!

Me dirá el Sr. Bulnes: «pero Zaragoza pudo haber vivido sobre el país, impuesto préstamos, inventado contribuciones y aprovechándose de la buena voluntad de la población.»

Esas cosas se logran cuando las ciudades son amigas ó indiferentes; nunca cuando son enemigas: las mayores exacciones, los actos más horribles de tiranía, no alcanzan nada cuando tropiezan los ejecutantes con la sordidez y el espíritu hostil de los vecinos. Ya lo anunciaba así el jefe del ejército de Oriente: «En cuanto al dinero nada se puede hacer aquí, porque esta gente es mala y sobre todo muy indolente y egoísta. . . . ¡Que bueno sería quemar á Puebla! Está de luto por el acontecimiento del día 5. Es triste decirlo, pero es una realidad lamentable»<sup>3</sup>

«Según he podido ver en un informe que manda á su gobierno el cónsul de Prusia, en Puebla, la ciudad estaba consternada al día siguiente de nuestro fracaso, y triste y silenciosa, se hallaba muy distante de participar de la satisfacción de las tropas mejicanas. Por cartas procedentes de Puebla, sé que se ha fusilado á más de diez personas á fin de intimidar á quien quisiera, como ellas lo intentaron, hacer demostraciones en favor nuestro.»

<sup>1</sup> Telegrama de Zaragoza en *Batalla del 5 de Mayo de 1862*, págs. 13, 14 y 15.

<sup>2</sup> Apenas el 15 de Mayo anunciaba el Ministro la pronta salida de víveres y provisiones.

<sup>3</sup> Zaragoza al Ministro: *Batalla del 5 de Mayo en Puebla*, pág. 13.

<sup>4</sup> Napoleón III á Forey. En Niox, op cit, pág. 213.

¡Desgraciado país si hubiera confiado su suerte al Sr. Bulnes! Primero le ordena que para defenderse no levante ejércitos; luego le determina que, en el caso inverosímil de que llegue á formar tropas regulares, no consienta ningún jefe que

#### JUAREZ, ORGANIZADOR.

Figúraseme el entendimiento del Sr. Bulnes, á esas cohortes de criados que rodean á los déspotas orientales: uno le lleva la capa, otro le mulle los cogines, un tercero le enciende la pipa y un cuarto le sirve el café; pero ni por todo el oro del mundo el comisionado para cargar el narghilé, se decidirá á vestir al soberano ó á llevarle en el palanquín. Así nuestro autor: suele apreciar bien los detalles, hacer descubrimientos atinados, discurrir correcta y sutilmente, pero á la hora de considerar los conjuntos, los árboles le impiden ver el bosque y empieza á contemplar todo por fracciones, como si su catalejo histórico fuera de esos telescopios minúsculos que necesitan se les varíe la orientación á cada vez que se trata de observar una pulgada de cielo.

Por esa deficiencia suya, el Sr Bulnes incurre en un sofisma curioso en todo su libro, y es el dividir, el seccionar, el partir en innúmeras fracciones la personalidad de Juárez. Le juzga por su actitud ante la intervención y el imperio, y cree que ya conoce y ha dado á conocer, al indezuelo desvalido, al estudiante aplicado, al catedrático, al gobernador, al diputado, al ministro, al autor de las leyes de reforma, al cabeza de partido victorioso, al presidente que batalla con la rapacidad de los agentes

las rija. En 1900 (*Porvenir de las Naciones hispano americanas*, pág. 143) mandaba el Sr. Bulnes sujetar á consejo de guerra á Zaragoza porque no había acabado con los franceses obligando á sus soldados á combatir á aquellos sin elementos de guerra, sin dinero y sin rancho. En 1904 envía ante otro consejo de guerra (*Verdadero Juárez*, pág. 161) á Gonzalez Ortega por el fracaso del Borrego.

De este modo, mandando generales al consistorio y al patíbulo, no habría tardado el Sr. Bulnes en dar cuenta de la defensa nacional: al que triunfara se le haría á un lado porque no había volatilizado al enemigo reduciéndole á gases impalpables; al que perdiera se le mataría porque no había sabido ganar. ¡Medrados habrían estado Juárez y sus amigos si se hubieran echado un consultor como el Sr. Bulnes!

Una curiosidad: ¿dónde aprendería el Sr. Bulnes eso de que en Roma los cónsules vencidos se suicidaban ó eran muertos por la plebe? No sé que se hayan hecho tales justicias con Flaminio, ni con Scipión, ni con Marcelo, y sí recuerdo que cuando el cónsul Varrón fué vencido en Cannas, los magistrados salieron á recibirle y á darle las gracias porque no había desesperado de la salvación de la patria. Tendría deseo de conocer los nombres de los generales *linchados* en Roma, en la época de la república.

diplomáticos, y al jefe de estado que trata de rechazar al francés. Y hace mal, pues sólo la reunión de estos individuos forma el *Verdadero Juárez*, que hay que estudiar, diseñar, analizar y mostrar á admiración ó á la censura de las gentes. Pero el Sr. Bulnes no se limita á dividir, sino que subdivide, separa, disgrega y fracciona, sin que llegue nadie á encontrar razón ninguna para esa serie de desmenuzamientos.

Nada menos la acción militar en la campaña la considera en dos partes distintas: desde el desembarco de los aliados hasta la rendición de Puebla, y desde la rendición de Puebla hasta la de Querétaro. ¿Por qué? Porque en su concepto la responsabilidad de la segunda parte de la campaña correspondió exclusivamente á los generales Díaz y Escobedo, que formaron dos grandes mandos independientes en el Norte y en el Oriente.

Nada puede haber más falto de fundamento que tal aseveración. Si tomamos el dicho del Sr. Bulnes al pié de la letra, como debemos tomarle, resultan dos cosas igualmente inadmisibles: que el día 1º de junio de 1863 aparecieron armados y listos ya para entrar en combate, los ejércitos del Norte y del Oriente, y que Díaz y Escobedo no volvieron á tener comunicación con Juárez ni á tomar órdenes suyas; y sin embargo, la dilatada y laboriosa gestación de los dos cuerpos de tropas no dejó sin jefe á la campaña, ni Díaz en el Oriente, ni Escobedo en el Norte, ni Corona en Sinaloa, ni Régules en Michoacán, llegaron ya no á desconocer la autoridad de Juárez, pero ni aun á obrar independientemente de sus determinaciones. La comunicación era difícil (tenía que hacerse por medio del ministro mexicano en Washington), complicada la ejecución de las órdenes, dilatado y penoso todo el servicio, y sin embargo, Juárez era obedecido sin réplica en lo que atañía en la dirección suprema de los asuntos militares.

Así, pues, no es posible poner frente á frente al primero y al segundo Juárez, á Juárez antes del 63 y á Juárez después del 63: Juárez, director de la campaña anti-intervencionista, es uno y el mismo, y si se hace comparaciones entre la defensa que dirigió y la que encabezó Santa-Anna, el parangón tiene que ser integral y no fraccionado, tomándose en cuenta todas las circunstancias que precedieron y acompañaron á los sucesos y no solamente algunas de ellas.

Pero suponiendo que tuviéramos ahora que dividir á la fuerza la personalidad de Juárez, yo sostengo que la etapa en que es ver-

daderamente responsable, empieza después de su salida de la capital.

«El jacobinismo se caracteriza por su odio á todo poder ejecutivo personal. «La constitución de 1857 es magníficamente jacobina porque no considera al Ejecutivo como verdadero poder.» «El ideal jacobino consiste en que el poder Ejecutivo sea esclavo fugaz y deleznable de una asamblea omnipotente.<sup>1</sup>»

El Sr. Bulnes ha llamado al cuarto congreso la mayor calamidad que pudo haberse desencadenado sobre la república: yo me aparté de tal opinión, pues si ese congreso impidió á Juárez gobernar bien, el tercero puso en peligro la existencia misma de la nación por su prurito de fabricar un «Ejecutivo esclavo fugaz y deleznable de una asamblea omnipotente.»

Si Riva Palacio y D. Ignacio Ramírez, no hubieran demostrado con diferentes actos suyos que de veras amaban á su patria, qué duros comentarios podrían hacerse de su conducta en la Cámara, cuando vociferaban desde la tribuna, con aire de Sparafuciles, que no le importaba á Méjico la agresión de tres naciones; que podían venir juntas ó separadas todas las del orbe y ni aun así nos sentiríamos apurados . . .

Cada petición de facultades extraordinarias provocaba una inmensa agitación en el congreso: se pronunciaban discursos incendiarios; salían á relucir Solón, Marco Antonio, Fabio Cunctator, Valerio Máximo y toda la vieja utilería greco-romana que hoy (ya flácida y deslucida) se exhibe apenas los 16 de septiembre en pueblos de quinto orden.

El Sr. de Zamacona<sup>2</sup> que por una rara anomalía se declara ministerial decidido, pronuncia un discurso en defensa de la constitución, preguntando si solo es buena en los primeros días del triunfo del partido liberal, cuando se baila en los saraos y se brinda en los festines; y cree que es deber del congreso demostrar con la práctica que *la constitución puede observarse en los días serenos lo mismo que en los borrascosos*; que conforme á ella pueden emplearse las facultades del gobierno en cuanto sea necesario y que

<sup>1</sup> Francisco Bulnes. Contestación á los impugnadores de su discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, el 21 de Junio de 1903.

<sup>2</sup> Estas citas están tomadas del *Diario de los Debates del Congreso de la Unión* correspondiente á las sesiones de diciembre del 61, mayo del 62, y mayo del 63.